

Preparábase sin embargo, una insurrección que tendrá tanto carácter religioso como político, dirigida por misioneros, por sacerdotes, porque á pesar de las numerosas y notables semejanzas que existen entre berberes y árabes, hay entre ambos pueblos esta diferencia esencial y profunda, que el uno es piadoso con muchas tendencias á la superstición, y está sobre todo poseído de una ciega veneración para los sacerdotes, mientras que el otro escéptico y burlesco no concedía casi ninguna influencia á los ministros del culto. Aun en nuestros días los morabitos africanos, gozan de una influencia ilimitada en los asuntos importantes, ellos sólo tienen el derecho de intervenir cuando se enemistan dos tribus, en las elecciones, ellos son los que proponen al pueblo los jefes que les parecen mas dignos, cuando circunstancias graves exigen una reunión de tribus, ellos son también los que recogen los diferentes votos, deliberan entre sí y hacen conocer su decisión al pueblo. Sus habitaciones comunes, son reparadas y provistas por este que previene todos sus deseos. (1) Cosa estraña y curiosa;

(1) Daumas, «La grande Kabylie» p. 53, 56.

los berbericos veneran mas á sus sacerdotes que al mismo Omnipotente. «El nombre de «Dios, dice un autor francés que ha estudiado concienzudamente las costumbres de «este pueblo, el nombre de Dios invocado «por un infeliz á quien se quiere robar no «le protege, el de un marabito venerado lo «salva.» (1) Por eso los berbericos no han representado un papel importante en la escena del mundo sino cuando han sido impulsados por un sacerdote, por un marabito. Marabitos fueron los que echaron los cimientos de los vastos imperios de los almorabides y de los almohades. En su lucha contra los árabes, los berberiscos de las montañas del Aurás, habian sido mandados mucho tiempo por una profetiza que ellos creian dotada de un poder sobrenatural; y entónces el general árabe Ocha-ibn-Nafi, que mejor que nadie habia comprendido el carácter del pueblo que combatía, y que conocía que para vencerlo era preciso darle por el flaco y herir su imaginacion con milagros, representó audazmente el papel de hechicero, de marabito, ora conjuraba serpientes, ora pretendia oír celestes voces, y por pueriles y ridículos que nos parezcan

(1) Daumas, p. 55.

estos medios, fueron tan fructíferos, que multitud de berberes asombrados de los prodigios que obraba este hombre y convencidos de que en vano tratarían de resistirlo, rindieron las armas y se convirtieron al islamismo.

En la época de que hablamos, esta religion dominaba ya en el África. Bajo el cetro del piadoso Omar II, habia hecho tan grandes progresos, que un antiguo cronista (1) llega á decir, que bajo Omar no quedaba un solo berberisco que no se hubiera hecho musulman; asercion que no parecerá demasiado exagerada si se recuerda, que estas conversiones no eran espontáneas, y que el interés jugaba en ellas un papel importante. Siendo para Omar la propagacion de la fé el asunto mas importante de su vida, apelaba á todos los medios para multiplicar los prosélitos, y apenas consentia uno en pronunciar las palabras. «No hay «mas que un solo Dios y Mahoma es su «profeta,» se le eximía de pagar la capitacion, sin obligarle por eso á cumplir estrictamente los preceptos religiosos. Una vez que el gobernador del Corasan escribió á

(1) Ibu-Abd-al-Hacam, «apud» Weil t. I, página 183.

Omar, lamentándose de que los que aparentemente habían abrazado el islamismo, no se habían propuesto más que escapar á la capitación, y que tenía la certeza de que estos hombres no se habían hecho circuncidar, el Califa le respondió: «Dios envió á «Mahoma, para llamar á los hombres á la «verdadera fé, no para circuncidarlos.» (1) Es que contaba con el porvenir, bajo esta inculta vegetación, suponía una tierra fértil y rica, en que la palabra divina podía germinar y fructificar; presentía que si los nuevos musulmanes merecían aun la tacha de tibios, sus hijos y sus nietos nacidos y educados en el islamismo, escederían un día en celo y devoción á los que habían dudado de la ortodoxia de sus padres.

El éxito había justificado sus previsiones, sobre todo en lo que concierne á los moradores del África. El islamismo, de antipático, de odioso que les era, llegó á serles, primero soportable, luego querido en alto grado. Pero la religion, tal como ellos la comprendían, no era la religion oficial, triste medio entre el deísmo y la incredulidad que les predicaban misioneros sin unción, que les decían siempre lo que

(1) Ibn-Khaldum, fól. 202 r.

debían al Califa y no lo que el Califa les debía á ellos, era la religion atrevida y apasionada que les predicaban los no-conformistas, que perseguidos en el Oriente como fieras y obligados á tomar diferentes disfraces y nombres supuestos, (1) habian venido á buscar á través de mil peligros un asilo en los abrasadores desiertos del África, donde propagaron desde entonces sus doctrinas con éxito inaudito. En ninguna parte, estos doctores ardientes y fervorosos habian encontrado tanta disposicion para abrazar sus creencias: al fin el calvinismo musulman, habia hallado su Escocia. El mundo árabe, habia arrojado sus doctrinas no por repugnancia hácia los principios políticos del sistema, que por el contrario respondian bastante al instinto republicano de la nacion, sino porque ni quería tomar por lo sério la religion, ni aceptar la intolerante moralidad, por que se distinguian estos sectarios. En cambio, los habitantes de las pobres chozas africanas, lo aceptaron todo con indecible entusiasmo. Sencillos é ignorantes nada comprendian sin duda de las especu-

(1) Véanse las curiosas aventuras del poeta no-conformista, Juiran ib-Hiltan, en Mobarrad, página 579 y sig.

laciones y de las sutilezas dogmáticas en se complacian espíritus mas cultos. Sería pues inútil, indagar á que secta se inclinaron con preferencia, si eran haruritas zofritas ó ibadhitas, porque los cronistas no están de acuerdo en este punto; pero comprendían lo suficiente de estas doctrinas para abrazar las ideas revolucionarias y democráticas, para participar de las romancescas esperanzas de nivelacion universal que animaban á sus doctores, y para estar convencidos de que sus opresores eran réprobos, cuyo patrimonio sería el infierno. No habiendo sido todos los Califas desde Othman, mas que usurpadores incrédulos, no era un crimen rebelarse contra el tirano que les arrebatava sus bienes y sus mugeres: era un derecho, más aun un deber. Como hasta entónces los árabes los habian tenido alejados del poder, no dejándoles mas que lo que no les habian podido quitar, el gobierno de sus tribus, creyeron fácilmente que la doctrina de la soberanía del pueblo, que en su salvaje independencia, habian profesado desde tiempo inmemorial era muy musulmana, muy ortodoxa, y que el más infimo de los berberes podia ser elevado al trono en virtud del sufragio

universal. Así, este pueblo cruelmente oprimido, escitado por fanáticos, medio sacerdotes, medio guerreros que tenían también que ajustar antiguas cuentas con los que se apellidaban ortodoxos, iba á sacudir el yugo en nombre de Allah y de su profeta, en nombre de ese libro sagrado sobre el que otros se han apoyado para fundar un terrible despotismo! Que extraño es siempre el destino de los códigos religiosos, de esos arsenales formidables que suministran armas á todos los partidos, que ya justifican á los que queman hereges y predicán el absolutismo, ya dan la razón á los que proclaman la libertad de conciencia, decapitan un rey, y fundan una república!

Todos los espíritus estaban pues en fermentación, y no se esperaba más que una ocasión favorable para tomar las armas, cuando en el año 740 Obaidallah envió una parte considerable de sus tropas á hacer una expedición á Sicilia. Habiendo partido el ejército, y cuando bastaba el menor pretexto para hacer estallar la insurrección, el gobernador de la Tingitania, tuvo la imprudencia de elegir precisamente aquel momento para aplicar el sistema caisita, para mandar que los berberes de su distrito pa-

gasen doble tributo, como si no fueran musulmanes. Al punto toman las armas, se rapan las cabezas, y poniendo los coranes en la punta de sus lanzas segun costumbre de los no-conformistas, (1) dan el mando á uno de los suyos, á Maisara, uno de los sectarios mas celosos, al par sacerdote, soldado y demagogo, atacan la ciudad de Tanger de que se apoderan degollando al gobernador y á los demás árabes que encuentran, y aplicando las doctrinas en todo su inhumano rigor, ni aun á los niños perdonan. Desde Tanger marcha Maisara hácia la provincia de Sus, gobernada por Ismael hijo del gobernador Obaidallah. Sin esperar su llegada, los berberes se sublevan en todas partes y hacen sufrir al gobernador de Sus, la misma suerte que habia tenido el de la Tingitania. En vano los árabes pretenden resistir, batidos donde quiera se ven obligados á evacuar el pais, y en pocos dias todo el Oeste cuya conquista les habia costado tantos años de sacrificios queda perdido para ellos. Reúnense los berberes para elegir Califa, y tan democrática era esta revolucion que su eleccion no recae en un noble sino en un hombre del pueblo, en el

(1) Akhbar madjmua: fól. 63 r.

bravo Maisara que había sido ántes un simple aguador del mercado de Cairawan.

Obaidallah, cogido descuidado, manda á Ocha gobernador de España, atacar las costas de la Tingitania, Ocha envía tropas, son batidas. Se embarca en persona con fuerzas mas considerables, llega á la costa de África, pasa á cuchillo á todos los berberes que caen en sus manos, pero no consigue dominar la revuelta.

Al mismo tiempo que daba instrucciones á Ocha, Obaidallah ordenaba al fihirita Habib volver inmediatamente con sus tropas al África, mientras que la armada española mantendría en respeto á los sicilianos; pero como el peligro iba siempre en aumento porque la insurreccion se propagaba con espantosa rapidéz, creyó no deber esperar la llegada de este cuerpo, y reuniendo todas las tropas disponibles, confió el mando de ellas al fihirita Khalid, prometiéndole reforzarle con el cuerpo de Kabib luego que llegase. Khalid se puso en marcha, encontró á Maisara en las cercanías de Tanger y le dió la batalla. Despues de un combate encarnizado, pero no decisivo, Maisara se retiró á Tanger donde le asesinaron sus propios soldados. Sea porque

acostumbrados ya á la victoria le exigiesen tambien el triunfo esta vez, sea porque el demagogo despues de su elevacion hubiera sido infiel á las doctrinas democráticas de su secta, como afirman los cronistas árabes, en cuyo caso sus correligionarios no habrian hecho mas que usar de su derecho y cumplir con su deber, pues que su doctrina les ordenaba deponer y matar si era preciso al gefe ó Califa que se apartara de los principios de su secta.

Luego que los berberiscos hubieron elegido otro jefe, atacaron de nuevo á sus enemigos y en esta ocasion con mayor fortuna: una division mandada por el sucesor de Maisara, cayó en lo más empeñado de la pelea sobre la retaguardia de los árabes, que hallándose entre dos fuegos huyeron en un espantoso desórden, pero Khalid y los nobles que le acompañaban eran demasiado orgullosos para sobrevivir á la ignominia de semejante derrota, y lanzándose á las filas enemigas se hicieron matar hasta el último, vendiendo caramente sus vidas. Este funesto combate en el que pereció la flor de la nobleza arábica, recibió el nombre de «combate de los nobles.»

Kabib que por este tiempo habia vuelto

de Sicilia, y que se había adelantado hasta los alrededores de Tahort, no se atrevió á atacar á los berberes cuando supo el desastre de Khalid, y bien pronto pareció el África un bajel encallado que no tiene ya ni vela ni piloto, habiendo sido depuesto Obaidallah por los mismos árabes que le acusaban no sin razon de haber atraído sobre sus cabezas tan terribles desgracias (1)

Estremecióse de dolor y de ira el Califa Hixem, cuando supo la insurreccion de los berberes y la derrota de su ejército. «Por Allah, exclamó, yo les haré ver lo que vale la cólera de un árabe de antigua estola. Enviaré contra ellos un ejército como no han visto otro, cuya cabeza estará en su casa cuando la cola no ha salido de la mia.» Cuatro distritos de la Siria, recibieron orden de suministrar cada uno seis mil soldados, el quinto el de Kinnesrin tres mil. A estos veinte y siete mil hombres debían juntarse tres mil del ejército de Egipto, y todas las tropas africanas. Hixem confió el mando de este ejército y el gobierno

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 38, 41; Ibn-Khaldun, «Historia del África,» ed Noel des Vergers, p. 10 y 11 del texto; Akhbacr madjmua, fól. 61 v; Isidoro, c. 61; Ibn-al-Cutia, fól. 6 v.

del África á un general caisita, encanecido en el ejército de la guerra, á Colthum de la tribu de Cochair. En el caso de que Colthum muriese, debería reemplazarlo su sobrino (1) Baldj, y si este llegaba también á morir, debía pasar el generalato al jefe de las tropas del Jordan, á Thalaba de la tribu yemenita de Amila. Queriendo imponer un castigo ejemplar á los rebeldes, el Califa autorizó á su general para entregar al saqueo todos los lugares de que se apoderara, y para cortar la cabeza á todos los insurgentes que cayeran en sus manos.

Tomando por guías dos oficiales, clientes de los Omeyas, que conocían el país, y sellaban Haroun y Moghith, llegó Colthum al África en el verano del año 741. Los árabes de este país recibieron muy mal á los sirios que los trataban con una arrogante aspereza, y en los que miraban invasores más que auxiliares. Los habitantes de las ciudades les cerraban las puertas y cuando Baldj que mandaba la vanguardia las mandó abrir con tono imperioso, anunciando que tenía la intención de establecerse en África con sus soldados, escribieron á Habib, que se

(1) Algunos autores dicen que Baldj era primo de Colthum.

hallaba aun acampado cerca de Tahort, para noticiárselo. Habib hizo entregar en seguida una carta á Colthumen la que le decía: «Vuestro insensato sobrino ha osado «decir que ha venido para establecerse en «nuestro país con sus soldados, y ha llega- «do hasta á amenazar á los habitantes de «nuestras ciudades. Os declaro pues, que «si vuestro ejército no los deja en paz, con- «tra vos será contra quien volvamos nues- «tras armas.» Colthum le dió esplicaciones, y le anunció al mismo tiempo que vendría á reunírsele cerca de Tahort. Llegó en efecto, pero bien pronto disputaron el sirio y el africano, y Baldj que había apadrinado calorosamente la causa de su tío, exclamó: «Hé «aquí pues, al que nos amenazaba con volver sus armas contra nosotros.»—Pues bien, «Baldj! le respondió Abderramen, hijo de «Habib; mi padre está pronto á daros una satisfaccion si os creéis ofendido.» No tardaron los dos ejércitos en tomar parte en la disputa, y el grito de ¡á las armas! fué dado de una parte por los sirios, y de otra por los africanos á los que se habian unido los soldados de Egipto. No se consiguió sino con gran trabajo impedir la efusion de sangre y restablecer la concordia, que por lo

demás no fué mas que aparente.

El ejército fuerte ahora de setenta mil hombres, avanzó hasta un lugar denominado Baccura ó Nafdura, (1) donde el ejército berberisco le disputó el paso. Viendo que los enemigos tenían superioridad numérica, los dos clientes Omeyas que servían de guías á Colthum le aconsejaron hacer un campo fortificado, evitar la batalla y limitarse á saquear con destacamentos de caballería las poblaciones cercanas. Colthum quiso seguir este prudente consejo, pero el fogoso Baldj lo desechó con indignación. «Guardaos de hacer lo que se os aconseja, dijo á su tío, y no temais á los berberiscos, á causa de su muchedumbre, porque no tienen armas ni vestidos;» y Baldj decía verdad en esto; los berberes estaban mal armados, por todo vestido llevaban un tapa rabos, y además tenían muy pocos caballos; pero Baldj olvidaba que el entusiasmo religioso y el amor á la libertad duplicaban sus fuerzas. Colthum, acostumbrado á dejarse guiar por su sobrino se adhirió á su opinion, y habiendo resuelto empeñar la batalla le dió el mando de la caballería si-

(1) La primera lección se encuentra en el «Akhbar madjmua», la segunda en Ibn-al-Cutia. En otro lugar del «Akhbar madjmua» se lee «Nacdura»

ria, confió el de las tropas africanas á Harun y á Moghith y se puso él mismo á la cabeza de los infantes sirios.

Baldj comenzó el ataque. Él se vanagloriaba de que aquella desordenada multitud, no se mantendría un momento contra su caballería; pero los enemigos habían encontrado un medio seguro de burlar sus esperanzas. Comenzaron á lanzar á la cabeza de los cáballos sacos llenos de chinás, y esta estratagema fué coronada de completo éxito: encabritáronse enfurecidos los caballos de los sirios, lo que obligó á abandonarlos á muchos ginetes. Luego lanzaron contra la infantería potros bravos que habían puesto furiosos, atando á sus colas odres y grandes pedazos de cuero, de manera que causaron gran desorden en las filas. Sin embargo, Baldj que había permanecido á caballo con cerca de siete mil de los suyos, intentó un nuevo ataque. Esta vez, consiguió romper las filas de los berberes, y su carga impetuosa le condujo detrás de su ejército; pero enseguida algunos cuerpos berberiscos volvieron cara para cortarle la retirada, y los otros combatieron á Colthum con tanta fortuna, que muertos Habib, Moghith y Harun, los árabes

africanos privados de sus jefes emprendieron la huida. Quedaba aun Colthum con la infantería siria. Decalvado por un sa- blazo, dice un testigo ocular, que volvió á colocar la piel en su sitio con admirable sangre fria. Hiriendo á derecha é izquierda recitaba versículos del Coran propios para enardecer el valor de sus compañeros. «Dios «decía, ha comprado á sus creyentes sus «bienes y sus personas para darles en cam- «bio el paraiso; el hombre no muere sino «por la voluntad de Dios, segun el libro que «señala el término de la vida.» Pero cuan- do los nobles que combatían á su lado mu- rieron uno á uno y el mismo cayó acri- billado de heridas, la derrota de los si- rios fué tan completa y tan terrible, y los berberes les persiguieron con tal encarni- zamiento, que por confesion de los venci- dos un tercio de este gran ejército quedó muerto y otra tercera parte fué hecha pri- sionera.

Mientras tanto Baldj, separado con sus siete mil ginetes del grueso del ejército, se defendía valerosamente causando gran estrago en los berberes, pero eran estos de- masiado numerosos para contar sus muer- tos y ahora que muchos de los cuerpos que

habian conseguido la victoria sobre el ejército de su tío volvian contra él, iba á ser oprimido por una numerosa multitud. No teniendo pues mas partido que la retirada ó la muerte se decidió á buscar su salvacion en la fuga, pero como los enemigos le cerraban el camino de Cairnan, que habian tomado los fugitivos, fuerza le fué seguir la direccion opuesta. Perseguidos sin descanso por los berberes, que cabalgaban sobre los caballos de sus enemigos muertos en el combate, los caballeros sirios llegaron cerca de Tanger estenuados de fatiga. Despues de procurar en vano penetrar en la ciudad, tomaron el camino de Ceuta y habiéndose apoderado de la plaza, reunieron algunos víveres lo que no les fué difícil por la fertilidad del pais. Cinco ó seis veces vinieron los berberes á atacarlos, pero como ignoraban el arte de los sitios y los asediados, se defendían con el valor de la desesperacion, comprendieron que no conseguirían quitarles á estos á viva fuerza el último asilo que les quedaba: Resolvieron pues, vencerlos por hambre y asolando los alrededores, los circundaron con un desierto de dos jornadas, viéronse reducidos los sirios á alimentarse con la carne de sus

cabalgaduras; pero bien pronto aun, estas les comenzaron á faltar, y si el gobernador de España continuaba rehusándoles el socorro que reclamaba su deplorable situación, no tenian mas que morir de hambre. (1)



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 62 r 64 v; Ibn-Adhari, t. I, p. 41 43; Isidoro, c 63.

(a) Ben-Adhari. Historias de Andalus. Dozy por acomodarla á las exigencias del estilo francés, le hace perder la energía á esta frase que es popular entre nosotros.

XI.

En ningun caso, los árabes establecidos en España hacía treinta años, hubieran consentido fácilmente en dar á los sirios encerrados en los muros de Ceuta, las embarcaciones que les pedian para pasar á la península. El insolente despego con que estos ganaderos habian tratado á los árabes de África y su designio altamente proclamado de establecerse en este pais, habian prevenido á los árabes españoles del peligro que tendrian que correr si les dieran medios de pasar el estrecho. Pero si en cualquiera circunstancia tenian los sirios poca probabilidad de obtener lo que deseaban, en las circunstancias presentes no tenian ninguna,

pues era el partido medinés el que gobernaba España.

Después de haber sostenido contra los árabes de la Siria, contra los paganos como ellos los llamaban, una lucha tan larga como tenaz los hijos de los fundadores del islamismo, de los Defensores y de los Emigrados, concluyeron por sucumbir en la sangrienta batalla de Harra; luego cuando vieron su ciudad santa saqueada, su mezquita transformada en caballeriza, sus mujeres violadas, cuando—como si todos estos sacrilegios y todas estas atrocidades que nos recuerdan el saco de Roma por la feroz soldadesca del Condestable, y los famosos luteranos de Jorge Frundsberg no bastaran—fueron obligados á jurar, que en adelante serían esclavos del Califa, «esclavos que podría manumitir ó vender á voluntad,» emigraron en masa como ya hemos tenido ocasion de referir de su ciudad, ántes tan reverenciada, refugio ahora de las fieras, y alistándose en el ejército de África, vinieron con Muza á España donde se establecieron. Si su celo religioso al que siempre se mezclaba cierta levadura de hipocresía, de orgullo, de interés mundanal, se había acaso enfriado un poco en el ca-

mino, conservaron á lo ménos en su alma, y transmitieron á sus descendientes un ódio implacable hácia los sirios y la conviccion de que, puesto que tenían el honor de descender de los gloriosos compañeros del Profeta, les pertenecía el poder con pleno derecho. Ya una vez, cuando murió el gobernador de España en la célebre batalla que dió á Carlos Martel cerca de Poitiers en Octubre de 732, habian elegido para el gobierno de la península, al hombre mas influyente de su partido, á Abdelmelic, hijo de Catan, que cuarenta y nueve años antes habia combatido en sus filas en la batalla de Harra; pero como este Abdelmelic se hiciera culpable de las mayores injusticias segun el testimonio unánime de árabes y cristianos, (1) y esprimiera la provincia de un modo estravagante, perdió él poder desde que el África recobró su autoridad legítima sobre España, es decir, desde que Obaidallah fué nombrado gobernador del Oeste.

Obaidallah, como hemos dicho confió el gobierno de la península á su patrono Ocha. Este, luego que llegó hizo aprisionar á Ab-

(1) Isidoro cap. 63; Ibn-Bachcowal, «apud» Maccari, t. II, p. 11.

delmelic y trasportar al África á los jefes del partido medinita, cuyo espíritu inquieto y turbulento alteraba el reposo del país.

(1) Sin embargo, los medineses no se dejaron desanimar, y mas tarde cuando á consecuencia de la gran insurrección berberisca, el poder del gobernador del África llegó á ser nulo en España y Ocba cayó tan gravemente enfermo que se creyó cercana su muerte, supieron persuadirlo ú obligarlo á designar por su sucesor á Abdelmelic. (2) (Enero de 741.) (3)

Era pues á Abdelmelib, á quien Baldj debía dirigirse para obtener los medios de pasar á España, y nadie seguramente estaba menos dispuesto á acceder á su petición. En vano Baldj, intentó conmooverlo diciéndole en sus cartas, que él y sus compañeros perecían en Céuta de hambre, y que sin embargo, eran árabes como él, Abdelmelic el antiguo jefe medinés, lejos de apiadarse de su miseria, daba gracias al cielo que le habia permitido gustar aun á la edad de noventa años, las inefables dulzuras de la

(1) Isidoro, cap. 61.

(2) Isidoro, cap. 61-63.

(3) Esta data, la única verdadera es tomada de Razi, («apud» Maccari t. II, p. 11.

venganza. Iban, pues á perecer de inanición los hijos de aquellos bárbaros, de aquellos impíos que en la batalla de Haira habían degollado á sus amigos y á sus parientes, y cuyas espadas habían estado á pique de herirle á él mismo, los que habían saqueado á Medina y profanado el templo del Profeta! Y los hijos de estos monstruos osaban aun alimentar la loca esperanza de que obtuviera piedad de su suerte, como si el genio vengativo de un árabe pudiera perdonar tales ofensas, como si los sufrimientos de un sirio pudieran inspirar compasión á un medinés! Abdelmelic no tuvo mas que una sola inquietud, un solo cuidado, un solo pensamiento, impedir á otros menos hostiles que él á los sirios que le enviasen víveres. Á pesar de las precauciones que tomó un noble compasivo de la tribu de Sakhm consiguió burlar su vigilancia é introducir en el puerto de Ceuta dos barcos cargados de trigo. Apenas lo supo Abdelmelic, mandó arrestar al generoso lakhenita y darle setecientos azotes. Luego, bajo pretesto de que intentaba suscitar una revuelta, le hizo sacar los ojos y cortarle la cabeza. Su cadáver fué atado á una horca con un perro crucificado á su derecha, á fin de que su

muerte fuera la mas ignominiosa posible.

Los sirios, parecían pues condenados á morir de hambre cuando un acontecimiento imprevisto vino de pronto á obligar á Abdelmelic á que cambiase de conducta.

Los berberes establecidos en la península, aunque á lo que parecía, no estaban oprimidos en el rigor de la palabra, participaban sin embargo, del ódio, de los celos de sus hermanos de África contra los árabes. Ellos habian sido los verdaderos conquistadores del pais. Muza y sus árabes nó habian hecho mas, que recoger el fruto de la victoria, consignada por Taric y sus doce mil berberiscos sobre el ejército de los visigodos, cuando aquéllos desembarcaron en las costas españolas, todo lo que quedaba por hacer era ocupar algunas ciudades dispuestas á réndirse á la primera intimacion. Y sin embargo, cuando se trató de decidir el fruto de la conquista, los árabes se atribuyeron la parte del leon: ellos se adjudicaron la mayor parte del botin, el gobierno del pais y las tierras mas fértiles. Guardando para sí la bella y opulenta Andalucía, relegaron á los compañeros de Taric, á las áridas llanuras de la Mancha y de Estremadura y á las ásperas montañas de Leon, de

Galicia y de Astúrias, donde era preciso escaramuzar sin tregua con los cristianos mal domados. Poco escrupulosos consigo acerca de lo tuyo y de lo mio, se revestían de una severidad inexorable cuando se trataba de los berberes. Cuando estos se permitían imponer contribuciones á los cristianos que se habían entregado por capitulación, los árabes despues de hacerle sufrir el látigo y la tortura, los dejaban gemir cargados de cadenas, apenas cubiertos de harapos é hirviendo de miseria en el fondo de húmedos é infectos calabozos. (1)

La suerte de España, estaba además demasiado íntimamente ligada á la de África para que lo que pasaba de la otra parte del estrecho, no se sintiera de rechazo en la de acá. Ya una vez, el fiero y bravo Munuza, uno de los cuatro jefes berberes principales que habían venido á España con Taric, (2) había levantado el estandarte de la rebelion en la Cerdeña, porque supo que sus hermanos de África, estaban cruelmente oprimidos por los árabes, y fué secundado por Eudes duque de Aquitania, con cuya

(1) Véase Isidoro, cap. 44.

(2) Véase á Sebastian, cap. II.

hija se había casado. (1) Ahora la insurrección de los berberes de África, tuvo en España un eco prodigioso. Los berberes de este país, habían acogido con los brazos abiertos los misioneros no-conformistas llegados del África á predicarles y excitarles á tomar las armas para esterminar á los árabes. Una insurrección al par política y religiosa como la de África, estalló en Galicia y se comunicó á todo el Norte excepto al distrito de Zaragoza, único en esta parte del país en que los árabes estuviesen en mayoría. Do quiera fueron batidos y arrojados los árabes; todas las divisiones que Abdelmelic envió nuevamente contra los rebeldes derrotadas. Luego se reunieron los berberes de Galicia, de Mérida, de Coria, de Tolosa y de otros lugares, eligieron un jefe un iman, y se dividieron en tres cuerpos de los cuales uno debía sitiar á Toledo, otro atacar á Córdoba, y el tercero marchar sobre Algeciras, apoderarse de la armada que estaba en el puerto, pasar el estrecho, es-

(1) Isidoro, (cap. 58) dá detalles sobre esta revuelta dice que tuvo lugar cuando Abderramen al-Ghafiki era gobernador de España. Los autores árabes le colocan en el gobierno de Haitam el predecesor de este Abderramen; véase Ibn-Adhari t. II p. 27 y Maccari.

terminar á los sirios en Céuta y trasportar á España una multitud de berberes del África.

La situación de España, era pues demasiado precaria y peligrosa para que Abdelmelic, aunque á pesar suyo, no se viera obligado á solicitar el socorro de aquellos mismos sirios que hasta entónces, tan despiadadamente habia abandonado á su triste suerte. Sin embargo, tomó sus precauciones; prometióles enviar barcos de transporte, pero á condicion de que se comprometiesen á evacuar á España, tan luego como fuera vencida la rebelion y de que cada division le entregara diez de sus gefes que, custodiados en una isla, le respondieran con sus cabezas de la fiel ejecucion de lo tratado. Por su parte estipularon los sirios, que Abdelmelic no habia de separarlos cuando los volviera al África, y que los habia de desembarcar en una costa que no estuviese en poder de los berberiscos.

Aceptadas estas condiciones por una y otra parte, desembarcaron los sirios en Algeciras hambrientos y cubiertos apenas de miserables andrajos. Se les suministraron víveres, y como casi todos hallaron contributos en España, estos se encargaron de su

equipo cada cual en la medida de sus fuerzas; tal gefe rico procuraba vestidos á ciento de los recién venidos, tal otro cuya fortuna era menos considerable se encargaba de equipar á diez ó á uno sólo. Y como ante todo era preciso detener la division berberisca que marchaba sobre Algeciras y que ya había avanzado hasta Medina-Sidonia, los sirios reforzados con algunos cuerpos arábigos-españoles la atacaron, y combatiendo con su acostumbrado valor, la derrotaron cogiendo un rico botin. El segundo ejército berberisco, el que marchaba sobre Córdoba, se defendía con más tenacidad é hizo experimentar á los árabes pérdidas bastante graves; sin embargo fué tambien obligado á retirarse. Quedaba el tercer ejército, el mas numeroso de todos, que hacía veinte y siete dias sitiaba á Toledo. Este salió al encuentro del enemigo y la batalla que tuvo lugar en las orillas de Guazalate terminó con su completa derrota. Desde entónces, los vencedores persiguieron á los rebeldes como á fieras en toda la Península, y los sirios ayer mendigos cogieron tan considerable botin que se encontraron de golpe mas ricos de lo que hubieran podido imaginar.

Gracias á estos intrépidos soldados, la rebelion que al principio parecía tan formidable habia sido sofocada como por encanto, pero Abdelmelic, ápenas se vió desembarazado de aquellos enemigos pensó en desembarazarse igualmente de sus auxiliares á quienes temía tanto como odiaba. Apresuróse pues, á recordar á Baldj el tratado que habia estipulado con él y á exigirle que abandonase á España. Pero Baldj y sus sirios, no tenían ganas de volver á un país en que habian experimentado todo género de reveses y de sufrimientos, y le habian tomado el gusto al magnífico pais, teatro de sus últimas empresas, en que se habian enriquecido. No es pues sorprendente, que se suscitaran contestaciones y quejas entre hombres que originariamente enemigos, tenían ahora opuestos designios é intereses. Como el odio es mal consejero, Abdelmelic agravó el mal y revivió las inveteradas llagas, rehusando trasportar de una vez todos los sirios al África, y manifestando que pues tenían al presente tantos caballos esclavos y bagages, él no contaba con el suficiente número de buques para cumplir con esta cláusula del tratado. Además, como los sirios deseasen embarcarse en la

costa de Elvira (Granada), ó de Tadmir (Murcia), declaró que esto era imposible, pues tenia todas sus naves en el puerto de Algeciras y no podía alejarlas de esta parte de la costa por temor á un desembarco de parte de los berberes, en fin, sin tomarse el trabajo de disimular sus pérfidos pensamientos, tuvo la imprudencia de ofrecer á los sirios volverlos á Céuta. Tal proposicion excitó una indignacion inesplicable. «Mas valdría que nos echaran al mar, que «entregarnos á los berberes de la Tingitania,» exclamó Baldj reprochando al gobernador que habia faltado poco para dejarles morir de hambre en Céuta, y que había hecho crucificar del modo mas ignominioso al guerrero lakhmita que les envió víveres. De las palabras pronto se pasó á los hechos. Aprovechando un momento en que Abdelmelic tenía poca guarnicion en Córdoba, los sirios lo arrojaron del palacio y proclamaron á Baldj gobernador de España. (20 de setiembre de 741)

Una vez desencadenadas las pasiones, era de temer que los sirios no quedaran en esto y los acontecimientos no tardaron en justificar este temor.

El primer cuidado de Baldj, fué hacer

que pusieran en libertad á los jefes sirios que habían servido de rehenes, y que Abdelmelic hacia custodias en la pequeña isla de Umen-Haken frente por frente de Algeciras. Estos gefes llegaron á Córdoba irridados, exasperados. Decían que el gobernador de Algeciras, obrando según las instrucciones de Abdelmelic, los había tenido faltos de alimentos y de agua, que un noble de Damasco de la tribu de Gazan, había perecido de sed, y exigían la muerte de Abdelmelic en espacion de la del gazanita. Sus quejas, el relato de sus sufrimientos, la muerte de un jefe respetado, llevaron á su colmo el odio que los sirios profesaban á Abdelmelic; ese pérfido, decían, tiene merecida la muerte. Baldj, á quien repugnaba este partido extremo, trató de apaciguarlos diciéndoles que debía atribuirse la muerte del gazanita á una négligencia involuntaria y nó á un designio premeditado. «Respetad la vida de Abdelmelic, añadía, es un coreiscita y lo que es mas, un viejo.» Sus palabras no produjeron ningun resultado; los yemenitas que tenían que vengar á un hombre de su raza, y que suponían que Baldj quería salvar á Abdelmelic porque este era de la raza de Maád á la que Baldj

pertenecía también persistieron en su demanda y Baldj, que como la mayor parte de los nobles no mandaba sino á condicion de ceder á los deseos y las pasiones de sus soldados, no pudo resistir á sus clamores y permitió que se sacase á Abdelmelic de la casa que tenía en Córdoba y á la que se habia retirado despues de su deposicion.

Ébrios de furor arrastraron los sirios al suplicio á este viejo nonagenario, cuyos largos y blancos cabellos lo asemejaban (tal es la espresion estraña, pero pintoresca de los cronistas árabes), al pollo de un avestruz». «Cobarde le gritaban, que escapaste á nuestras espadas en la batalla de Haira, para vengarte de tu derrota, nos has reducido á comer cuerpos y perros, has querido entregarnos, vendernos á los berberiscos, á nosotros soldados del Califa!» Parándose cerca del puente, le azotaron con varas, le clavaron sus espadas en el pecho y pusieron su cadáver en una cruz. Á su izquierda crucificaron un perro, á su derecha un cochino...

Tan bárbaro asesinato, suplicio tan infamante clamaba venganza. La guerra estaba encendida, las armas decidirán si los árabes de la primera ó los de la segunda inva-

sion, si los medineses ó los sirios han de quedar dueños de la península.

Tenian los medineses por caudillos á los hijos de Abdelmelic, Omeya y Catan, que habian huido cuando la deposicion de su padre á buscar socorro, el uno á Zaragoza, el otro á Mérida. Sus antiguos enemigos los berberes, hicieron causa comun con ellos; pensaban en verdad, volver mas tarde sus armas contra los árabes, pero querían ante todo vengarse de los sirios. Los medineses tuvieron además otros auxiliares, estos fueron el lakmita Abderramen, Ibn-Alcama gobernador de Narbona, y el phirita Abderramen, hijo del general africano Habib que habia venido con algunas tropas á buscar en España un refugio despues de la terrible derrota en que su padre habia perecido, pero antes de la llegada de los sirios á la península, (1) Enemigo jurado de Baldj, desde que habia contendido con él atizó el ódio que tenia á los sirios el viejo Abdelmelic, contándole las insolencias que le habian permitido en África, fortificóle en su désig-

(1) Es lo que Rakek dice formalmente, y esta asercion tiene un grado mucho mayor de probabilidad que la de otros cronistas que dicen que Abderramen Ibn-Habib, llegó á España en compañía de Baldj.

nio de no enviarles las naves que solicitaban, y de dejarles primero morir de hambre. Creíase obligado tambien á vengar el asesinato de Abdelmelic, porque era su contributo y como de ilustre nacimiento, esperaba al gobierno de la Península. (1)

Tenian los coaligados sobre sus enemigos la ventaja del número, contando su ejército cuarenta mil hombres segun unos, cien mil segun otros, mientras que Baldj no habia podido reunir mas que doce mil soldados, aunque reforzado con gran número de sirios que habian pasado el estrecho despues de muchas tentativas inútiles para volver á su patria. Para engrosar su ejército, alistó una multitud de esclavos cristianos que cultivaban las tierras de los árabes y de los berberes, y fué á esperar al enemigo en un lugarejo denominado Aqua-Portora.

Habiéndose empeñado el combate (Agosto 14 de 742), los sirios se defendieron tan bravamente que rechazaron los ataques de los coaligados. Entónces Abderramen el gobernador de Narbona, que pasaba por el caballero mas valiente y mas cumplido que hubo nunca en España, creyó que la muer-

(1) Véase á Ibn-al-Abbar, pag. 51.

te del enemigo decidiría de la suerte de la batalla. «Que me enseñen á Baldj! exclamó; «y juro matarlo ó morir!» Héle ahí le respondió uno, es aquel que monta un caballo blanco y lleva el estandarte. Abderramen cargó tan vigoramente con sus caballeros de la frontera que hizo cejar á los sirios. Á la segunda tentativa hirió á Baldj en la cabeza, pero atacado al mismo tiempo por la caballería de kesnerina y rechazado por ella, arrastró en su precipitada retirada todo el ejército de los coaligados. Su derrota fué completa, perdieron diez mil hombres y los sirios que no habian perdido mas que mil entraron en Córdoba vencedores.

Las heridas de Baldj eran mortales; pocos dias despues exhalaba el último suspiro, y como el Califa habia ordenado que si Baldj llegaba á morir debía sustituirle el yeménita Thalaba, los sirios le proclamaron gobernador de España. Los medineses no tuvieron que felicitarse por ello. Aunque no lo hubiera conseguido Baldj, intentó al ménos poner freno á los apetitos sanguinarios de los sirios; su sucesor no lo intentó siquiera. ¿Quería popularizarse, y sabía que para lograrlo no tenía mas que dejar hacer, ó reconoció acaso en el graznido de algun ave

nocturna, la voz de alguna persona querida que le recordaba que tenía que vengar en los medineses, la muerte de algun cercano pariente, de su padre tal vez? (1) No lo sabemos, pero lo cierto es, que su resolución de no tener piedad con los medineses, le ganó el corazón de sus soldados y lo hizo mas popular que Baldj lo habia sido nunca.

Sus principios sin embargo, no fueron felices. Habiendo ido á atacar á los árabes y á los berberes que se habian reunido en gran número en los alrededores de Mérida, fué batido y obligado á refugiarse en la capital del distrito, donde su situacion llegó á ser muy peligrosa. Ya habia enviado á su teniente en Córdoba, la orden de venir á socorrerlo con todas las tropas que pudiera, cuando los salvó un accidente afortunado. Un dia de fiesta en que los sitiadores se hallaban esparcidos por los alrededores sin tomar bastantes precauciones contra una sorpresa, aprovechando su incuria los atacó de improviso, hizo en ellos gran carnice-

(1) Los árabes creian, que cuando un hombre habia perecido de muerte violenta, su alma huyendo del cuerpo á que habia estado unida, se metamorfoseaba en un buho ó un mochuelo que seguía haciendo escuchar su voz, hasta que la muerte fuera vengada en el asesino.

ría y habiendo cogido mil prisioneros y obligado á los demás á buscar su salvacion en una precipitada fuga, redujo á esclavitud á sus mujeres y á sus hijos. Esto era un atentado inaudito, una barbarie que hasta entónces, ni aun los sirios mismos se habian atrevido á cometer. Mientras que tuvieron por jefe á Baldj, habian respetado la costumbre inmemorial que se ha perpetuado hasta nuestros dias entre los beduincs, de dejar en las guerras intestinas, en libertad á las mujeres y á los hijos del enemigo y aun de tratarlos con cierta cortesía. Peor fué todavía, cuando Thalaba volvió á Andalucía arrastrando tras sí á diez mil prisioneros. Haciendo acampar su ejercito en Mozara cerca de Córdoba, un jueves del mes de Mayo de 743, mandó subastar los cautivos, entre los que se contaban muchos medineses. Para abatir su orgullo de una vez para siempre, los sirios alegremente feroces, convinieron entre sí en venderlos no á la alza sino á la baja. Un medinés por quien un sirio habia ofrecido diez monedas de oro, fué adjudicado al que ofreció un perro, otro fué vendido por un chivo, y así los demás. Nunca hasta entónces, ni aun en el horrible saco de Medina, habian impues-

to los sirios tantas afrentas, tantas ignominias á los hijos de los fundadores del Islamismo.

Duraba aun esta escena escandalosa, cuando un suceso que ni Thalaba, ni los exaltados de su partido parecían haber previsto, vino á ponerla término.

Hombres sensatos y moderados de ambos partidos, afligidos de los males causados por la guerra civil, indignados de los horribles excesos cometidos por una y otra parte, y temerosos de que los cristianos del norte no aprovecharan la discordia de los musulmanes para estender los límites de su imperio, habian entrado en relaciones con el gobernador de África Handhala el kelbita, suplicándole les enviase un gobernador capaz de restablecer el orden y la tranquilidad. Handhala, envió pues á España al kelbita Abu-'l-khattar que llegó con sus tropas á Mozara en el momento mismo en que se vendian árabes por chivos y por perros. Mostró sus órdenes, y como era un noble de Damasco, los sirios no rehusaron reconocerlo. Los árabes españoles le saludaron como á su salvador, porque su primer cuidado fué devolver la libertad á los diez mil cautivos que se vendian á la baja.

Con prudentes medidas restableció la tranquilidad. Concedió amnistía á los dos hijos de Abdelmelic, Omeya y Catan, y á todos los que habian abrazado su partido, excepto al ambicioso Abderramen-ibn-Habib, que consiguió sin embargo, ganar la costa y pasar al África, donde le esperaba un brillante porvenir; alejó de España á una docena de los jefes más turbulentos, entre los que se contaba Thalaba, diciéndoles que, perturbadores de la tranquilidad en la península, emplearían mejor su fogoso valor combatiendo contra los berberes de África; en fin, como le importaba ante todo librar á Córdoba de la presencia de los sirios que le estorbaban, les dió en feudo tierras del dominio público, ordenando á los siervos que las cultivaban, entregar en adelante á los sirios el tercio de la cosecha que habian entregado hasta entónces al Estado.

Establecióse la division de Egipto en los distritos de Ocsonoba de Beja y de Tadmir (Murcia); la de Emesa en los distritos de Sevilla y Niebla; la de Palestina en los de Sidona y Algeciras, la del Jordan en el distrito de Regio (Málaga), la de Damasco en el de Elvira (Granada), y por último, la

de Kisnerina en el de Jaen. (1)

Aquí concluye el papel importante, pero desgraciado que los hijos de los Defensores de Mahoma representan en la historia musulmana. Escarmentados con tantos reveses y catástrofes, parece que comprendieron al fin que eran irrealizables sus ambiciosas esperanzas. Abandonando á otros partidos la escena pública, se oscurecieron para vivir retirados en sus dominios y cuando á largos intervalos se vé surgir el nombre de un jefe medinés en los anales arábigos, es siempre obrando por intereses puramente personales, ó sirviendo la causa de un partido que no es el suyo. Aunque numerosos y ricos, no tuvieron casi ninguna influencia en la suerte del país. Entre los descendientes del gobernador Abdelmelic, unos, los Beni-'1-Djad, eran opulentos propietarios en Sevilla, otros, los Beni-Casim, poseían vastos dominios cerca de Alpuente (2) en la provincia de

(1) «Akhbar majmoua» fól. 65 v.-69 r. Isidoro, cap. 64-67. Ibn-Adhari, t. II, pág. 30-34. Maccari t. II, pág. 11-14. Ibn-al-Cutia fól. 7 r.-8 v. Ibn-al-Khetib-en mis «Recherches,» t. I. pág. 84 y siguientes.

(2) Maccari t. II, pág. 11.

Valencia, en donde un pueblo (Benicasim) lleva su nombre todavía, pues ni la una ni la otra rama salieron de su oscuridad relativa. Verdad es que en el siglo XI los Beni-Casim fueron jefes independientes de un pequeño estado que por lo demás no se extendía, á lo que parece, más que al límite de sus propias tierras; pero era la época en que hundido el Califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba aires de soberano. Verdad es también que dos siglos más tarde los Beni-'l-Ahmar, que descendían del medinita Sad-ibn-Obada (1) uno de los compañeros más ilustres de Mahoma, y que estuvo á pique de ser su sucesor, subieron al trono de Granada, pero ya entonces las antiguas pretensiones y los antiguos rencores estaban completamente olvidados; nadie se acordaba siquiera de la existencia de un partido medinita; los árabes habían perdido su carácter nacional, y á consecuencia de la influencia berberisca, se habían entregado á la devoción. Además estos Beni-'l-Ahmar no reinaron sino para ver á los reyes de Castilla quitarles sus fortalezas una á una hasta el día en que la

(1) Ibn-al-Katib, man. G. fól. 176 r.

cruz entró por una puerta de Granada mientras que el Coran salía por la otra, y que resonaba el «Te-Deum» allí donde había resonado el «Allah acbar» como dice el romance español. Viva imagen del destino de los medineses, la familia de Sab-ibn-Obada, cuyo nombre se halla enlazado con los más esclarecidos de la historia en Oriente y Occidente, con los de Mahoma y Abu-Becr con los de Carlomagno é Isabel la Católica, dejó un indeleble y glorioso recuerdo, y fué casi constantemente perseguida por la desgracia. Comienza con Sad y concluye con Boadil. Un intervalo de ocho siglos y medio separa estos dos nombres, y sin embargo, los que los llevaron murieron ambos en el destierro, llorando su grandeza pasada. Intrépido campeón del Islamismo en todos los combates que había dado Mahoma á los paganos, Sad «el perfecto» iba á ser elegido Califa por los Defensores, cuando los emigrados de la Meca vinieron á reclamar para si este derecho. Gracias á la traicion de algunos medinitas, gracias sobre todo á la llegada de una tribu enteramente devota á los emigrados, estos lo consiguieron en medio de un espantoso tumulto, durante el cual, Sad, que yacía sobre un colchon, presa de una gran enfer-

medad, fué cruelmente ultrajado por Omar y acaso aplastado entre el gentío. Jurando que no reconocería á Abu-Becr y no pudiendo soportar la vista del triunfo de sus enemigos, se retiró á la Siria, donde encontró la muerte de una manera misteriosa. En un parage apartado, dice la tradicion popular, fué muerto por los djins, y sus hijos lo supieron por esclavos que vinieron á contarles que habian oido salir de un pozo una voz que decia: «Nosotros hemos muerto al jefe «de los khazradj, Sad-ibn-Obada, nosotros «de hemos disparado dos flechas que no han «errado su corazon.» (1) Tambien Boabdil cuando hubo perdido su corona fué á pasar el resto de sus dias en una tierra lejana é inhospitalaria, despues de haber dirigido desde lo alto de la roca que conserva aun el poético nombre del «Último suspiro del moro,» una prolongada mirada de triste despedida sobre su querida Granada, sin par en el mundo.

(1) Ved á Tabari t. I. pág. 12-32-42; Nawawi, pág. 274; Ibn-Cotaiba, pág. 132. Los racionalistas de aquel tiempo no dejaron de decir que la muerte de Sad habia sido causada por la mordedura de un reptil venenoso.

(a) A dos «barid» de Córdoba dice el Ajbar Maj-mua. Un «barid» es el espacio que puede recorrer

un caballo de posta, que segun parece variaba de 6 á 12 millas. Este último es lo que generalmente se designaba con este nombre. (N. del T.)

(b) Lugar en que se ejercitan los caballos en la carrera. Creemos con el Sr. Fernandez y Gonzalez traduccion de Ben-Abhasi, p. 79, que debe entenderse así, y no almazara, (molino de aceite) como entiende el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, en su traduccion del Ajbar madjmua, p. 54. (N. del T.)



REPUBLICA DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIAS
CONSEJERIA DE CULTURA

XII. (1)

En los primeros días de su gobierno trató Abu-'l-Khattar á todos los partidos con una equidad laudabilísima, y aunque kelbita, los mismos caisitas que se hallaban en gran número entre las tropas que Baldj había conducido á España, no tuvieron de qué

(1) «Akhbar Madjmoua» fól. 720 v. Maccari t. II, VI libro. Ibn-Adhari t. II, p. 35-38, 43-45. Ibn; al-Abbar p. 46-50, 52, 54.-Isidoro cap. 68, 70, 75.-Ibn-al Katib, man. E. artículo sobre Samail. En cuanto al nombre del jefe caisita que vá á representar tan importante papel en esta narracion y en la siguiente, como los manuscritos arábigos no ponen las vocales, no se sabria si la verdadera pronunciacion es Somail ó Samil, si la manera con que lo escribe «Zumahil» el autor contemporáneo Isidoro no decidiera la cuestion.

quejarse. Mas léjos de perseverar en esta moderacion, muy escepcional en un árabe, tornó bien pronto á sus naturales antipatías. Tenia cuentas antiguas que arreglar con los caisitas; en África él mismo habia sido víctima de su tiranía; en España su contributo Sad, hijo de Djaurras, fué asesinado por ellos, y él le quería tanto, que acostumbraba á decir: «De buena gana me «dejaría cortar la mano, con tal de volverle «á la vida.» Podía vengarlo al ménos y lo hizo de sobra; tanto se encontró contra los caisitas, que suponía cómplices de la muerte de su amigo, que pudo decir en uno de sus poemas:

«Quisiera que el hijo de Djawas pudiera «saber con qué ardor hé tomado su cáusa «en mis manos. Para vengarlo hé muerte «noventa personas, que yacen en el suelo «como troncos de palmeras desarraigados por el torrente.»

Tantos suplicios debian necesariamente encender de nuevo la guerra civil. Sin embargo, los caisitas menos numerosos en España que los yemenitas, no se apresuraron á salir por la fuerza de una situacion que

se había hecho sin embargo intolerable para ellos; el ódio acumulado en sus corazones no desbordó hasta que no estuvo comprometido el honor de su jefe, y la ocasión fué esta.

Un hombre de la tribu maá dita, de Kinaina, en una disputa con un kelbita vino á litigar su pléito al tribunal del gobernador. El derecho estaba de su parte, pero el gobernador, con su parcialidad ordinaria, le quitó la razón. Quejóse el kinanita de este juicio inicuo al jefe caisita Samail, de la tribu de Kilab, quien se presentó en seguida en palacio y reprochó al gobernador su parcialidad hácia sus contributos, exigiendo que se hiciera justicia á las quejas del kinanita. El gobernador le respondió ágríamente, y como Samail le resplicára en el mismo tono, le mandó abofetear y echar de su presencia. Samail soportó sin quejarse estos insultos, con sereno menosprecio. Brutalemente despedido salió de palacio con el tocado descompuesto. Un hombre que estaba á la puerta, le dijo: «¿Qué le ha pasado á vuestro turbante, Abu-Djauchan? está completamente desarreglado.» — Si tengo contributos, contestó el caisita, ellos lo arreglarán.

Esta era una declaración de guerra; Abu-'l-Khattar se había proporcionado un enemigo tan peligroso como implacable, que no era un hombre comun, ni en el bien ni en el mal. Un génio bueno y otro malo se disputaban con iguales fuerzas el alma naturalmente buena y generosa; pero altiva, apasionada, violenta y vengativa de Samail. Era una organizacion poderosa, pero inculta, móvil, sumisa al instinto y guiada por el azar, mezcla estraña de las tendencias mas opuestas De actividad perseverante, cuando se habían escitado sus pasiones, recaía cuando se había calmado su febril agitacion en la pereza y el abandono que le eran mas naturales aun. Su generosidad, virtud que sus compatriotas estimaban sobre todas, era tan grande, tan ilimitada, que por no arruinarlo, su poeta, (pues cada jefe árabe, como los de los daneses escoceses tenía el suyo,) no le visitaba más que dos veces al año, en las dos grandes festividades religiosas, pues Samail había jurado darle todo lo que tuviera encima cada vez que lo viese. Sin embargo, no era instruido. Apesar de su aficion por leer poesias sobre todo, aquellas que halagaban su vanidad, á pesar de que compusiera versos

de tiempo en tiempo, no sabía leer, y los mismos árabes le juzgaban detrás de su siglo, (1) en cambio sabía tan bien el arte de vivir, que sus propios enemigos se vieron obligados á reconocerlo como un modelo de cortesía. (2) Por sus relajadas costumbres y por su indiferencia religiosa, perpetuaba el tipo de los antiguos aristócratas, de aquellos bebedores desenfrenados que no eran musulmanes mas que de nombre. Á despecho de la prohibición del Profeta, bebía vino como un árabe pagano, y casi todas las noches estaba ébrio (3) El Coran le era casi enteramente desconocido, y se cuidaba muy poco de conocer un libro cuyas tendencias ecualitarias lastimaban su orgullo de árabe. Dicese que un día, oyendo á un maestro de escuela que se ocupaba en enseñar á leer á los niños en el Coran pronunciar este versículo: «Alternamos los reveses y los triunfos entre los hombres,» exclamó: «No, es preciso decir: entre los árabes.»—Perdonad, señor, replicó el maestro de escuela, ahí dice entre los hombres.—Es

(1) Ved'á Ibn-al-Coutia, fól. 16 v.

(2) Véase el testimonio de Abderramen I, (en el «Akbar madjmua») que más adelante reproducimos.

(3) «Akbar madjmua» fól. 78 v.

así como ese versículo está escrito?—Sí, sin duda.—Desgraciado de nosotros! En este caso el poder no nos pertenece exclusivamente; los patanes, los villanos, los esclavos tendrán también su parte? (1) Por lo demás si era mal musulman, le venía de casta. Tuvo por abuelo aquel Chamir de Cufa de que ya hemos hablado, aquel general del ejército Omeya que no tuvo ni un momento de duda cuando se trató de matar al nieto del Profeta, cuando tantos otros, á pesar de ser escépticos, retrocedían ante ese sacrilegio. Y este abuelo que había llevado al Califa Yezid I la cabeza de Hozain, fué también causa indirecta de la venida de Samail á España. El siita Mokhtar, le hizo decapitar y arrojar su cadáver á los perros, (2) cuando dueño de Cufa, vengaba la muerte de Hozain con horribles represalias; entónces Hatim, padre de Samail, librándose con la fuga de las iras del partido triunfante, fué á buscar un asilo al distrito de Kisnerina. Allí se estableció con su familia, y cuando Hixem mandó levantar en Siria el ejército destinado á ir á domar la insurreccion berberisca, á Samail, le tocó la suerte de formar

(1) Ibn-al-Coutia, fól. 17 r.

(2) Ibn-Khaldum, t. II fól. 177 v.

parte. Mas adelante pasó el Estrecho con Baldj, y los caisitas de España le consideraban como su jefe principal.

Ya en su casa de vuelta, convocó para la noche á los caisitas más influyentes, y cuando los vió reunidos en torno suyo les contó los ultrajes que había sufrido y les pidió consejo sobre su conducta. «Comunicadnos «vuestro plan, le respondieron, que nosotros «lo aprobamos anticipadamente, y estamos «dispuestos á ejecutarlo.—Por Dios, repli- «có entónces Samail, yo tengo la firme in- «tencion de arrancar el poder de manos de «ese árabe, pero nosotros los caisitas somos «demasiado débiles en este pais para que «podamos resistir solos á los yemenitas, y no «quiero esponeros á los peligros de una em- «presa tan temeraria. Sin duda que llama- «rémos á las armas á todos los que queda- «ron debajo en la batalla de la Pradera, pe- «ro haremos tambien alianza con los Lak- «(hm y los Djodham (1) y le darémos el emirato «á uno de los suyos:—quiero decir que ellos «tendrán la heguemonia en apariencia, pe- «ro que nosotros la tendremos en realidad. «Voy pues á dejar á Córdoba para verme

(1) Dos tribus yemenitas.

«con los jeques y hacerles tomar las armas. «Aprobais este plan?—Lo aprobamos, le «respondieron, pero guardaos de ver á vues- «tro contributo Abu-Ata, pues que podeis «estar seguro de que ha de negaros su con- «curso.» Este Abu-Ata, que habitaba en «Écija, era el jefe de los Ghatafan. La gran influencia que Samuel ejercía, neutralizaba la suya y le inspiraba una violenta envidia: no es pues, extraño, que cuando se llegó á la votacion, todos los caisitas estuvieran unánimes en aprobar el consejo que se le acababa de dar. Uno solo, sin embargo parecia no ser de la comun opinion: pero como era demasiado jóven, y su modestia no le permitiera dar un voto contrario al de sus mayores, no manifestaba su desaprobacion sino con su silencio, hasta que Samail le animó, preguntándole por qué nó declaraba su parecer como lo habian hecho los demás. «No tengo que decir más que una «palabra, respondió entónces el jóven: si «no vais á pedir el apoyo de Abu-Ata, es- «tamos perdidos; si lo haceis, acallará su «envidia y su ódio para no escuchar más «que al amor de su raza, y podeis estar se- «guro de que os ha de ayudar vigorosa- «mente.» Despues de reflexionar un instan-

te, dijo Samail: «Creo que teneis razon,» y saliendo de Córdoba ántes de amanecer, fué en seguida en busca de Abu-Ata, que como había previsto el jóven Ibn-Tofail, prometió secundarle, y cumplió su palabra. Desde Écija Samail fué á Moron, donde residía Thoaba, eljefe de los Djodhan, que había tenido tambien desavenencias con Yusuf. Ambos gefes concluyeron una alianza, y proclamando á Thoaba, jefe de la coalicion, los caisitas, los djodham y los lakhim se levantaron en armas en el distrito de Sidona, (Abril de 745).

Apenas lo supo Abu-'l-Khattar, salió con las tropas que tenía en Córdoba al encuentro de los insurgentes. Pero durante la batalla que tuvo lugar en las orillas del Guadalete, pudo apreciar por sí mismo la prudencia del consejo que Samail había dado á sus contributos, cuando les persuadió á entablar alianza con dos poderosas tribus yemenitas, y á dejar á una de ellas puesto (la heguemonia), en lo que seguía la costumbre observada en el Oriente, donde las tribus que se consideraban demasiado débiles para resistir por sí solas á sus enemigos, se alian ordinariamente á tribus de otra raza. Así en el Korasan (1) y en el Irac, (2) los yemeni-

(1) Véase el «Comentario de Soccari sobre el Di-

tas que estaban en minoría, se ligaban con los Rabia, tribu maá dita, para hacer frente á los otros maá ditas, los Temim. Estas clases de Alianzas proporcionaban á las tribus débiles otra ventaja, además de la de reforzarlas: desarmaban, por decirlo así al enemigo, que repugnaba casi siempre combatir á tribus de su raza, especialmente cuando estas tenían la hegemonía. Así sucedió también en la batalla de Guadalete. Los yemenitas de Abul-'l-Khattar, después de haber combatido flojamente á los Djo-dam y á los Lakhm, que por su parte los escusaban todo lo posible, se dejaron vencer y emprendieron la fuga. Solo con sus kelbitas en el campo de batalla, Abu-'l-Khattar, fué muy pronto obligado á seguir su ejemplo, pero cuando huía con tres parientes suyos, fué hecho prisionero por sus enemigos.

En la hueste victoriosa no faltaba quien deseára su muerte; pero triunfó la opinión contraria. Se contentaron, pues, con cargarlo de cadenas, y Thoaba, gobernador de España por el derecho del más fuerte,

van de Frerazdac,» man. de Oxford, fólio 93 v.

(2) Ibn-Kaldum, t. II, «passim.»

estableció su residencia en la capital.

Sin embargo, los kelbitas no se daban por vencidos, y uno de sus jefes, Abderramen Ibn-Noaim, concibió la atrevida resolución de hacer una tentativa para librar á Abu-l'-Khattar de sus cadenas. Acompañado de treinta ó cuarenta caballeros y de doscientos peones, se aprovechó de la oscuridad de la noche para penetrar en Córdoba, atacó de improviso la guardia de Abu-l'-Khattar y lo llevó con los kelbitas establecidos en los alrededores de Beja.

Libre Abu-l'-Khattar reunió algunos yemenitas bajo su bandera, y marchó sobre Córdoba, esperando que esta vez mostrarán sus soldados más celo por su causa. Thoaba y Samail salieron á su encuentro, y ambos ejércitos acamparon frente á frente. Pero á la noche salió un maádira del campo de Thoaba, y aproximándose al de Abu-l'-Khattar, habló de este modo alzando la voz todo lo que pudo: «Yemenitas, por qué nos combatís y habeis libertado á Abu-l'-Khattar? Temeis que lo matemos? Hubiéramos podido hacerlo, puesto que lo hemos tenido en nuestro poder, pero le dejamos la vida, y se lo perdonamos todo... Tendrías un pretexto para combatirnos si hubieramos

elegido emir de nuestra propia raza, pero lo «hemos elegido de la vuestra. Os conjuramos, pues, que reflexioneis sobre el partido «que vais á tomar. No es, por Dios, el temor quien nos hace hablar de esta manera, pero queremos, si es posible, evitar la «efusion de sangre.» Estas palabras, en las cuales, es fácil de reconocer las inspiraciones de Samail, hicieron tanta impresion sobre los soldados de Abu-'l-khattar que arrastrando á su emir, á pesar suyo, levantaron el campo aquella misma noche para retirarse á sus hogares y cuando el alba comenzaba á iluminar las cimas que limitaban el horizonte, estaban ya á muchas leguas de distancia. ¡Tan cierto es que en estas guerras civiles los soldados no se batian por intereses individuales, sino por la hegemonial

La muerte de Thoaba, que ocurrió un año despues, sumió á España de nuevo en la anarquía. Dos jeques djodhamitas pretendian el emirato. Amir, hijo de Thoaba, (1) que creia tener derecho á suceder á su padre, é Ibn-Horasth, hijo de una negra, y descendiente de una familia de antiguo es-

(1) En el «Akhbâr majmua» se lee Thoaba-ibn-Amr, pero yo creo deberle sus «Sitmr Amr-ibn-Thoaba.»

tablecida en España. (1) Este último, profesaba á los sirios un ódio tan feróz, que no cesaba de decir: «Si la sangre de todos los «sirios estuviera reunida en una copa, yo la «bebería, la bebería hasta la última gota.» Sirio Samail, no podía consentir que España fuera gobernada por un enemigo implacable de su raza, pero no quería tampoco al hijo de Thoaba. Lo que quería era dar el título de gobernador, que él no ambicionaba, porque veía á los caisitas demasiado débiles para sustentarlo, á un «testaferro,» y gobernar de hecho. Y había hallado el hombre que le convenía bajo todos aspectos en el fihirita Yusuf, que juntaba á una inofensiva medianía, títulos personales que le recomendaban á los sufragios de todos los árabes, sin distincion de raza. Bastante anciano para los que aman la gerontocracia, pues que contaba cincuenta años, provenia además de una noble é ilustre familia, pues que descendía de Ocba, aquel celebre general, que había conquistado gran parte del África, y por último, era fihirita, y los fihirita

(1) El autor del Akhbar majmua, dice, que Ibn-Horasth pertenecía «al pueblo del distrito del Jordán,» pero esto debe ser un error, pues en este caso hubiera sido sirio, y cómo explicar entónces su ódio contra los sirios?

ritas, esto es, los coreiscitas del distrito de la Meca eran considerados como la más alta nobleza despues de los coreiscitas puros: estábase habituado á verlos al frente de los negocios, y se les consideraba como superiores á todos los partidos. Á fuerza de ponderar todas estas ventajas, consiguió Samail hacer aceptar su candidato, se contestó á Ibn-Horasth, dándole el gobierno de Regio, y en Enero de 747 los jeques eligieron á Yusuf gobernador de España.

Désde entónces Samail, cuyas pasiones habian estado contenidas hasta entónces por el contrapeso del poder de Thoaba, era el único señor, y pensaba valerse de Yusuf, á quien manejaba como de cera, para satisfacer su sed de venganza. Sabiendo que podía contar con todos los maáditas, no retrocedería sino ante la expectativa de una guerra con todos los del Yemen. Para empezar, violó la promesa que habia hecho á Ibn-Horasth, y este djodamita fué separado de su gobierno. Esta fué la señal de la guerra. Furioso Ibn-Horasth, ofreció su alianza á Abu-'l-Khattar, que vivía entre sus contributos, triste y desanimado. Tuvieron una entrevista los dos jeques, y poco faltó para que no fuesen infructuosas, pues Abu-'l-

Khattar reclamaba el emirato para si, é Ibn-Horasth le pretendía tambien, alegando que su tribu era más numerosa en España que la de Kelb. Pero los mismos kelbitas, que conocian que para vengarse de los caisitas tenían necesidad del apoyo de toda su raza, obligaron á Abu-'l-Khattar á ceder. Ibn-Horasth fué pues reconocido como emir, y de todas partes vinieron los yemenitas á alistarse bajo sus banderas. Los maáditas se agruparon tambien en torno de Yusuf y Samail. Do quiera los vecinos de opuesta raza se despedian de la manera cortés y amable que es propia de hombres serenos y valientes, pero al mismo tiempo se prometian unos á otros medir sus fuerzas luego que llegasen al campo de batalla. Ni la una ni la otra hueste eran numerosas; limitada al mediodia de España, la lucha que iba á empeñarse era un duelo en gran escala, más bien que una guerra; en cambio, los que tomaban parte en ella eran los guerreros más bravos y más ilustres de su nacion.

El encuentro tuvo lugar cerca de Secunda, antigua ciudad romana, rodeada de muros sobre la ribera izquierda del Guadalquivir, frente á Córdoba, y que comprendida mas tarde en el recinto de esta capital,

llegó á ser uno de sus arrabales. (1) Después de la oración de la mañana, los caballeros se atacaron como en un torneo, y cuando se rompieron las lanzas, y cuando ya el sol calentaba, se gritó por todas partes que era preciso combatir cuerpo á cuerpo. Al punto dejaron todos sus caballos, y habiendo elegido su adversario cada cual, combatieron hasta que se quebraron las espadas. Desde entonces cada uno se sirvió de lo que hallaba más á mano, este de un arco, aquel de un carcax; se arrojaban tierra á los ojos, se daban de puñadas, se arrancaban los cabellos. Habiéndose prolongado la lucha encarnizada, hasta la tarde, sin ningún resultado decisivo, Samail dijo á Yusuf: «¿Por qué no hacemos venir el ejército que hemos dejado en Córdoba? ¿Qué ejército? preguntó Yusuf con sorpresa. El pueblo del mercado, le respondió Samail.» Era una idea extraña en un árabe, y sobre todo en un árabe del temple de Samail, hacer intervenir panaderos, geferos, tenderos, patanes y villanos, como entonces se decía, en una lucha de este género, y pues que Samail tuvo esta idea, es preciso suponer que preveyó que su partido pudiese sucumbir de un

(1) Véase sobre Secúnda á Macari, t. I, pág. 304.